

## TERCERA PARTE

---

### I

Al caer de la tarde, una avalancha humana se precipitó por las calles del Refugio y del Coliseo. Era la turba heterogénea, disímbola. Descubríase ahí al empleadillo de raído saco y cortos pantalones, de nariz de pico de ave de rapiña y de prematura calva, marchando por la acera, sin mirar casi á los transeuntes, con los ojos fijos en los escaparates, frente á los cuales deteníase á veces, abstraído en largas contemplaciones; á la dama opulenta, rebosando grasa, bien encorsetada, susurrante y rumbo el traje de seda negra, que salía cargada de paquetes de las tiendas; á la modista, pequeñita, llena de gracia al andar, discutiendo en la esquina con la compañera sobre los efectos que deberían comprarse para la cena de la noche.

Lamos de claridad dorada salían á raudales de los escaparates, que á manera de inmensa ascua sucedíanse á un lado y otro de la populosa vía. Tras de los cristales, en medio de bosquecillos de cedro y de musgo, destellaban los juguetes: globos de cristal multicolor, adornados de artificial escarcha, pendientes del techo, inmóviles entre foquillos de luz; muñecas de porcelana que sonreían con la sonrisa de sus labios carmíneos; velitas de colores caprichosamente puestas en largos hilos; diminutas vajillas de una nitidez de nieve; gorros de papel, abanicos, serpentinas; las mil deliciosas chucherías, en suma, que por Navidad despiertan la envidia

de los niños y el hambre de derroche de los viejos. En los grandes almacenes de comestibles, promontorios de latas erguíanse sobre el mostrador, brutales, aplastantes, junto á los enormes pomos de confituras. Más allá, los quesos de Holanda, envueltos en papel de estaño, chorreaban grasa; en grandes bandejas de metal, los pescados de mar dejaban ver sus escamas de tinte rosa desvanecido en la transparencia del hielo; los tradicionales mazapanes, escalonados en graderías, imprimían á los vivos matíces de los frascos, sobre los cuales caía á plomo la claridad cegadora de los arcos voltaicos, la nota de borroso colorido de sus escudos heráldicos. Muchachas rubias, vestidas de negro, con altos delantales que hacían resaltar la blancura de sus manos, iban y venían en las pastelerías, atendiendo á los compradores que se precipitaban por las puertas, reflejando un mar de cabezas en los grandes espejos colocados al fondo.

Experimentábase una sensación de abundancia y de hartura que exacerbaba aun más el vertiginoso correr de trenes y carruajes, el chillido estridente de las sirenas de los automóviles y el pesado rodar de los camiones. Por mitad del arroyo, granujas de carucha trigueña voceaban los periódicos de la tarde, mirando con el rabillo del ojo á los principillos de casas ricas que iban por la acera, aturdiendo al prójimo con el toque de sus cornetas de metal y el redoblar de los tamborcitos forrados de papel. A las puertas de los cinematógrafos resonaba con tintineo continuo el timbre para atraer á la muchedumbre, ó bien suaves cadencias de vals venidas del interior, hacían fijar la mirada en los retratos de bailarinas expuestos á la entrada. En los restaurants, mozos erguidos, circunspectos, permanecían de pie á lo largo de las mesas pequeñas, de lechosa blancura, ocupadas en minoría por una veintena de caballeros que cenaban. Y entre la multitud, apretadas, ahogadas, arrolladas por una ola de deseo, las grisetitas de mejillas blancas, cuya palidez disimulaba el afeite, deslizábanse, rientes, con ligereza de gorriones, como si les inspirase deseo de burla aquella alegría burguesa, á ellas, las pobrecillas, sin hogar quizás, sin un rincón donde abri-

garse; aves de paso que iban de un hotel á otro, de unos brazos á otros brazos.

Abriéndose paso á empellones, iba un caballero de irreprochable paletó claro, lentes de oro que permanecían fijos en la nariz afilada, un tanto aguilena, y bigotes rubios, gruesos, que se dijera erizábanse de enojo: tal era la muchedumbre y tantísimos los golpes recibidos en la peregrinación que hacía desde el Portal de Mercaderes entrando de tienda en tienda á comprar los paquetes que ahora llevaba en brazos, sudoroso, fatigado. Detúvose en la esquina de la calle del Espíritu Santo, esperando coger al paso algún simón que le librase de aquel oleaje humano.

Era inútil. Los coches, en horrible confusión, desaparecían entre la masa que invadiera el arroyo. Y ya desesperaba de ir más allá en su camino, cuando sus ojos fijáronse en otros de antiguo conocidos; en una nariz ciranesca que sobresalía irónica de la multitud de narices allí habidas, y en unos labios delgados, lampiños, que se plegaban hacia las comisuras con sonrisa aleve...

No vaciló un instante. Echándose en un brazo los paquetes, anudó el otro al cuerpo del hombrecillo aquel, gritando radiante de alegría:

—¡Pero, Julio! ¿Tú por aquí?

—¡Mauricio! ¿Es posible?

Y se abrazaban efusivamente, con un amplio abrazo de juventud. Escudriñábanse el uno al otro, sonrientes, dándose palmaditas en el hombro, murmurando palabras sin ilación alguna, que se perdían en el rumor de la turba.

—¡Pero, chico, si estás cambiado! El demonio te conoce. ¡Palabra de honor que si no me hablas, pasas desapercibido! Eres todo un señorón. ¡Un padre de familia por los cuatro costados! Pero, chico...

Villaescusa sentía ensancharse su ánimo á medida que apretaba con la suya la diestra del amigo Eslava, de tiempo atrás no visto, y que hoy surgía, como por obra de encantamiento, de la multitud.

—Tú, por el contrario, eres el mismo. No transcurre

el tiempo para ti. ¡Quién imaginara que hace cinco años no nos vemos!

—Ni nos escribimos.

—Culpa es tuya.

—Y tuya también... Pero, dime, ¿cuándo llegaste?

—Hoy por la mañana.

—¿De España?

—Sí.

El diálogo, entrecortado, breve, incisivo, veíanse en la necesidad de sostenerlo á gritos. Además, la muchedumbre se arremolinaba en torno, amenazando arrastrarles. Fué preciso que un gendarme les indicase que siguieran adelante, para despejar el sitio.

—Vamos aquí, á la cantina próxima—propuso Eslava—. Podremos charlar cómodamente.

Villaescusa le miró, implorando. Era Nochebuena, y andaba de compras. ¿No sabía? Los juguetes del niño... Aun le faltaban algunos, y era menester llegarse á la Alameda por ellos.

—Anda, acompáñame. Nos servirá de paseo. Así, has de desembuchar por el camino.

—Sí, sí. ¡Cuánto tiempo sin vernos! ¡Cuánto tiempo!

Y los dos se cogieron del brazo, luego de haberse hermanablemente repartido los paquetes. Bajaban lentamente por la avenida de la Independencia, magullados por la gente amontonada en la acera, aturdidos, renunciando tácitamente á las confidencias y conformándose con hablarse á medias palabras. Torcieron luego por San Juan de Letrán. Al desembocar en la Avenida Juárez, un derroche de luz les cegó. Reinaba ahí el mismo infernal ruido que en las otras avenidas, sólo que más discreto. Los carruajes, en fila interminable, hacían el acostumbrado paseo.

En la Alameda, por entre los troncos, columbrábanse mil lucecillas inmóviles y ondulantes. Bajo las secas ramazones de los árboles, se alineaban los puestos, barracones de madera cubiertos de lona, donde se vendían las tradicionales baratijas de Navidad. Ahí estaban las piñatas, de papel multicolor; payasos, estrellas, rosas enormes, pájaros exóticos que serían sacrificados aque-

lla noche, luego de haberles llenado el vientre de dulces y frutas; las cadenillas, de papel también, para adornar los patios; los haces de pinos, sobre cuyas hojas de un verde obscuro, casi negro, cabrilleaba la escarcha; pilas de heno, de heno bien oliente, que esparcía en derredor un aroma de bosque; frutas secas, dulces corrientes, en cajas, junto á la balanza en la cual la vendedora, una vieja de mal gesto, de senos enormes, como odres, pesaba y volvía á pesar.

Más allá, un lépero de genuina estirpe mexicana, con los pantalones al nivel del vientre, mal anudada la faja á la cintura, el ancho sombrero de palma echado hacia atrás, vociferaba, poniéndose las manos junto á la boca, á guisa de bocina, pregonando las excelencias de la mercancía:

—¡Los cacahuaaates! ¡Los cacahuaaates! ¡A rial el litro! Andele, niña; pase á que la despachen...

Y se inclinaba, por encima del mechero de petróleo, chuleando á las criaditas que por ahí discurrían. Breve empresa amorosa, porque no bien veía pasar caras burguesas de compradores, echábase de un mojiçón el sombrero atrás, metíase los dedos entre las greñas que le caían sobre la frente, y abriendo una boca de á palmo tornaba á su eterno grito:

—¡Los cacahuaaates!... ¡Los cacahuaaates!...

Al humo de las luminarias mezclábase el olor de las fritangas condimentadas al aire libre. Estallaban los cohetes silbadores; luces de Bengala desparramaban en el ambiente acre manchas de color rojizo, azules, amarillas, verdes; en medio del vocerío, sonaba el sonido estridente de los pitos, los gritos agudos de los vendedores y el tintineo de los trenes que pasaban tras de las barracas, raudos, invisibles. Se disputaba, se regateaba, la calderilla corría á chorros en las cajas de los vendedores. Ofíase el griterío de las buenas mozas estrujadas por la muchedumbre, que sentían el roce brutal de pecaminosas manos sobre sus carnes; las exclamaciones de las señoras de edad, separadas de sus niñas; ese murmullo confuso, en fin, mugiente como el mar, que caracteriza á las grandes aglomeraciones humanas.

Villaescusa compró una piñata, que figuraba enorme clown de suave papel chinesco.

—Pero ¿adónde vas con semejante armatoste?

—Es para el niño, para Luisito... ¡Cosas de la familia!

En su rostro se insinuó una sonrisa.

—Pero no lo llevaré yo, no te creas.

Y llamando á un mozo de cordel que por ahí había, entregó el fardo de chucherías compradas.

—¡Ah! Por fin...—dijo.

Abandonaron el lugar del holgorio. Sentían la necesidad de estar solos, sin testigos, en algún rincón apartado. Internáronse en la Alameda, por la obscura calle sombreada de árboles centenarios, y no pararon hasta encontrarse en una de las más solitarias glorietas.

Sentáronse. Respirábase ahí el aroma penetrante de las flores que languidecían en pleno invierno. De los altos globos eléctricos descendía irisada claridad que bañaba el follaje. En la fuente cuchicheaba el agua. En el cielo azul, la luna esplendía.

—¡Qué fresco se respira aquí!—murmuró Eslava—. A fe mía que no se parecen éstos á los inviernos madrileños... Conqué veamos, hombre, ¿qué me cuentas de tu vida?

Mauricio Villaescusa hizo un gesto de indiferencia; después se encogió de hombros, preguntando:

—¿Y tú?

A solas con el que fué amigo de su juventud, ahora tan lejana, como esfumada en el gris del tiempo, experimentaba una amarga nostalgia, que en vano pretendía borrar su exterior mundano á los ojos de Julio.

—Pues yo, amigo mío, ¿qué quieres que te diga?... A los cinco años de haber partido, me tienes de vuelta. Viví en España; allá me casé; muriéronse mis padres; murió mi esposa y heme aquí más solo que entonces.

Hablaba con naturalidad. Era el mismo periodista errante, hombre rebacio al dolor, que tomaba la vida tal y como ella se ofrecía, y en quien jamás la tristeza hizo mella.

—¿Te casaste, eh?

—¡Qué quieres! Ley de vida es, y no podemos eludirlo.

Luego, fijando su mirada en Villaescusa:

—Y tú también, según he sabido.

—Hace cuatro años apenas...

En aquella simple frase, en aquel *apenas* dicho con forzada sonrisa, que más parecía de resignación que de alegría, Eslava columbró la vida de su antiguo compañero; vida cuyas penas no lograban disimular ni la posición brillante ni la riqueza.

—Sí, sí; lo supe en Burgos, cuatro meses después. Como no te dignaste mandarme esquela... Por cierto que ahora, al volver, no sabía si ir á saludarte ó permanecer entre bastidores. ¡Qué diablo, chico! Eres director de *El Siglo*; estás casado con una mujer pudiente; has llegado, en suma, mientras que yo... yo sigo siendo el mismo de antes: el bohemio disfrazado de burgués que daba queridas á sus amigos...

Ante lo inesperado del recuerdo, Villaescusa no pudo reprimir un ¡oh! ahogado. Inclínada la frente, trazaba arabescos en la arena con el bastón.

—No sabes tú, Julio, que este Mauricio que ahora ves, medio calvo, un tanto grueso, miope, canoso, es más infortunado que aquel otro que conociste—dijo mirándole serenamente, contraídos los labios por la amargura que chorreaban las frases—. Tú eres mi amigo, sí; el único que me fué fiel y al que yo quise y quiero tanto. Así, pues, ¿por qué no hacerte esta confidencia? No me creas dichoso, no. Estoy convencido de que los hombres somos unos eternos sedientos de felicidad, pero eternos equivocados. No sabemos ver la vida...

Calló, suspirando. Retorcíase los ya recios bigotes, con los ojos puestos en la inmensidad azul.

—Yo fui un necio. Siempre lo he sido, Julio... Pero no hablemos de esto, que ya tendrás ocasión de verlo despacio.

Enseñoreóse de nuevo el silencio; mas en el ambiente, en derredor, ellos sentían flotar una pregunta que no se atrevían á hacerse; aquel asunto, apenas desflorado en una charla frívola, tenía un lado interesante, sobre

todo para Eslava, que hasta aquel momento sortearon ambos con diplomática habilidad.

Al fin el ibero soltó la interrogación que ya le cosquilleara demasiado en los labios:

—¿Y ella? Al casarte... la dejarías, supongo...

—Sí... Nada he vuelto á saber. Me dijeron que vivía con los Méndez, aquella familia vecina... ¡Pero nada más!

Reclinado en el duro banco de piedra, Julio Eslava murmuró, como abstraído:

—¡Pobre muchacha!... Ella me hizo confidente de sus temores, hace ya algunos años, en una carta que recibí allá en España. Más tarde me escribió una, dos veces más... ¡Pobre muchacha!

Pero como observase que Villaescusa se había puesto meditabundo y decayera por completo la animación de poco antes, cuando iban por las calles cogidos del brazo, evocando los tiempos viejos, recobró su habitual alegría egoísta, que no quiere penas en torno. Charlatán, bromeando, hubo de invitarle á que fuesen al café cercano. Aceptó Mauricio, y ahí estaban los dos, momentos después, en el cenador luminoso, bebiendo coñac. Motivos elegantes de vals fundíanse en el lento rumor del follaje. Hacía frío; pero ambos estaban absortos en su palique consagrado al recuerdo: exhumaban de la polvareda de los años los lindos episodios de la mocedad.

En lo más interesante de la charla se hallaban, cuando Villaescusa consultó el reloj:

—¡Las diez!

Y se puso en pie, no habiendo fuerza humana que pudiese retenerle. Era tarde ya, y además, le esperarían en casa para la cena de Navidad. Eslava, habiéndose negado á aceptar la invitación que le hiciera, acompañóle hasta la acera, donde esperaron un simón.

—Conque... adiós... ¿Cuándo volveremos á vernos?

—El día que gustes...

Iba á entrar en el vehículo Villaescusa, pero tornó á bajar, acercándose de nuevo al amigo. Hallábase un tanto aturdido por el dorado vinillo, y le roía el ánimo una duda que anhelaba resolver.

—Dime—interrogó, ingenuo—, ¿he hecho mal?

—¿En qué?

Su interlocutor le miró confuso.

—¡Cómo en qué! En dejar á Nita...

Eslava rió.

—¡Chico, eres el mismo! Sólo de figura cambiaste...

¿A qué analizar lo pasado?

La frase era trivial, mas en el modo de decirla, un tanto escéptico, Villaescusa adivinó una censura. Ya dentro del coche, cuando éste rodaba con manso rodar por el asfalto de las avenidas suntuosas, sentíase rejuvenecido, como si un soplo de juventud viniese á vivificar el hastío presente. Hoy era lo que aspiró á ser: personaje influyente, director de un periódico, diputado, jefe de una familia honorable, de todos respetada... ¿Pero qué había sido del poeta de otro tiempo? Dijérase que con el polvo de sus zapatos, que sacudiera antes de entrar á la rica mansión, habíase evaporado la poesía. ¡Ah! los bellos tiempos de amor, de sueños... ¡Qué lejos estaban ya, y cuánto placer experimentaba evocándoles ahora al contacto del viejo amigo! Y sentía ansia de vivir como antaño viviera; un deseo invencible de retorno á la juventud y al arte.

¡La juventud! ¡Cuán distante veíala, en el horizonte de su vida! Recordaba los azares de los años pasados: su conquista del gran mundo; su entrada triunfal en el seno de la familia Méndez; la noche de bodas; el primer estremecimiento de pasión en la que fuera su esposa; las mil cargas que pesaron luego sobre él, ahí donde creía encontrar la paz, el reposo ansiado por su alma sibarita. La juventud desapareció con las burguesas formalidades del matrimonio. Cualquiera creería que aquella señorita María Luisa, tan elegante, tan novelesca en el celibato, transformada más tarde en mujer mundana que iba á bailes y saraos, olvidada del hogar ideal que la imaginación de su marido forjase, y que no bien entraba en casa era vulgar con la vulgaridad de todas las demás, habíale arrebatado sus sueños.

¿Y el arte? ¡Oh, el arte! ¡Famosa comedia! ¿Quién iba á preocuparse del arte con las obligaciones del padre

de familia sobre cuyos hombros pesa el sostenimiento de una casa aristócrata, de un gran tren, de un cortejo de criados? En sus horas de amargura había pensado muchas veces que su facultad de crear belleza habíase desvanecido con la musa bohemia, desdeñada, perdida para siempre. Borroso estaba ya en su memoria el perfil de Nita, mas ahora surgía, en razón del encuentro con Eslava, con cruel tenacidad.

Reaccionó, sin embargo. Ahí, en el hotelito embalsamado por la frescura del jardín, esperábase su mujer, que, aunque fría y displicente, era su mujer al cabo; ahí le esperaba también su niño, su Luisito, de rizados cabellos rubios, pálida la boquita pequeña, amantes los delgaduchos brazos. Y excitado por el coñac que bebiera, él—que sólo probaba el agua—luchaba por disipar la pena, el punto negro de su vida, el recuerdo de aquel abandono que tan de tarde en tarde insinuábase en su mente, trastornando la regularidad de su existencia burguesa. ¡Oh, qué deliciosa noche pasaría, en familia, con su esposa, con su suegra, con su pequeñín, emancipado de las brutales faenas del periódico, que ahora iban pensando con pesantez de mole sobre sus hombros!

El vehículo se detuvo á la mitad de la calle de Londres, frente á un chalet cuya blancura aparecía más brillante al resbalar la luz sobre las filigranas arquitectónicas de la fachada.

Bajó; puso en manos del auriga un tostón reluciente; penetró en el amplio zaguán... La casa estaba en silencio.

—¿No ha vuelto la señora?—preguntó al portero.

—No señor. Volvió á salir á las nueve con la señora doña Luciana.

No quiso preguntar más. Subió las escaleras paso á paso. Sus proyectos de tertulia casera, de poema doméstico en aquella noche en que hasta los pobres de la calle se reúnen bajo el techo negruzco de sus cuchitriles, caían ahora en pedazos, como habían caído tantas veces.

La doncella dióle explicaciones. La señora, acompañada de su mamá, se había marchado. Don Gastón Riera

vino á invitarlas. Según parece, había cena, y espléndida, en casa del señor Riera.

Villaescusa sintió que una oleada de sangre enrojecía su semblante. Repugnábale aquella amistad, que lentamente se estrechase, entre María Luisa y su antiguo rival, que había contraído matrimonio con una dama tan pobre de juventud como rica de dineros. En varias ocasiones hubo de prohibirla; mas á juzgar por lo que veía, tales prohibiciones resultaban inútiles.

Viéndole taciturno y abstraído, la gentil criadita murmuró:

—Si el señor quiere ir á reunirse con ellas... La niña me dijo que le esperaba allá.

—No, no voy. Dí que me preparen la cena.

En el amplio comedor solitario, ante la mesa blanca sobre cuya vajilla la luz de la lámpara caía en tenues irisaciones, meditó. Comía sin apetito. El regocijo de pocas horas antes, que le hiciera correr por las calles en busca de juguetes para el niño, se había disipado. Sentíase solo, muy solo y muy triste. Luego de dar dos ó tres sorbos de café, se levantó, preguntando por el pequeño al criado que servía.

—Duerme—respondió éste.

Encaminóse á la alcoba. Encendió la lámpara, de gruesa pantalla azul. En su catre de metal, que lanzaba áureos reflejos á la luminosa caricia, Luisín dormía. La palidez de su carita enfermiza acentuábase con el contraste de las sábanas blancas; sus cabellos, en dorados bucles, esparcíanse por la almohada. Villaescusa le consideró largamente. Era su única obra, desde que contrajera matrimonio, aquel chiquitín enclenque. Y suspiró. La misma soledad que rodeaba al niño, nacido entre una recepción y un baile, y confiado más tarde á los domésticos, veía él en torno suyo.

Rememoraba sus tres años de vida conyugal, y sentíase infeliz. María Luisa había sido una eterna caprichosa. Capricho fué su amor súbito por el arte; capricho su enlace; una de tantas pasiones, un leve incidente de su vida, el amor que la uniese á él. Desaparecida la novedad de la luna de miel, en el cerebro vacío de la jo-

ven no alentó otra idea que la del goce, espoleada por la situación cada vez más bonancible de los intereses de la familia, con un ansia inaudita de placer, ahora que era dueña de sí misma, señora de casa con libertades propias. Don Luis—que abandonara el periodismo á cambio de una curul en el Senado—y su cara mitad, constituían los firmes apoyos de la voluntad de su mujer. El, Mauricio Villaescusa, el esposo de María Luisa Zayas, continuaba siendo un dependiente de la casa, con más trabajo y sin sueldo alguno. Rebelarse intentó varias veces. Empeño inútil. Sus anémicas energías morales doblegábanse ante la actitud de su mujer, la que, perdida la admiración intelectual por el novelista en fuerza del diario comercio y la nula producción, tenía en menos que antaño. Otras, añorando el pasado, pensó en Nita. En la soledad de su estudio, leía las pocas cartas que de ella guardaba, y vivía la melancólica vida del recuerdo. Pero no más: la musa estaba muerta para él.

Su único consuelo era el pequeño, Luisín. Sentábase en sus rodillas amorosamente; le miraba; regalaba sus cabellos rubios con caricias maternas. Y enorgullecíase al pensar que de él tenía los ojos, la frente, el pelo, y de su madre tan sólo había heredado la contracción imperiosa de los labios. Ahora, contemplándole, reflexionaba en qué dichas serían las horas de aquella noche solitaria, animadas por su charloteo infantil, por las muecas graciosas de su carita y las travesuras de sus manos. Pero el niño dormía... ¿Para qué despertarle?

Hizo traer los juguetes. Púsoles sobre la almohada, bajo las ropas, riendo por anticipado de la alegría que el niño experimentase al despertar. Le arropó, le besó en la frente. Después se alejó silencioso.

El estudio fué su refugio. Por los grandes cristales tamizábase la luz blanca del foco eléctrico de la calle. Reinaba el silencio... Villaescusa reclinó la frente sobre la ventana. Honda tristeza, una infinita desesperanza le poseía. Recordaba ahora su encuentro con Julio Eslava; los velados reproches que las frases del amigo envolvían. Y con mayor intensidad que nunca, esfumado en

la bruma de cinco años, surgía el recuerdo de sus amores pasados, en aquella lejana noche de lluvia... La dolorosa silueta de la musa, como un espectro, pasaba por su mente... Avido de satisfacer el deseo que nacía y se desarrollaba en su espíritu, sin titubear encendió la lámpara, abrió uno de los cajones del monumental escritorio de cedro, y hubo de sacar una pequeña caja. Vacióla sobre la mesa. Entre cachivaches, amarilleaban las cartas. Y con la cabeza entre las manos, abstraído, se entregó á su lectura, en el vagoroso silencio del estudio, turbado por el soñoliento tic-tac del reloj.

Las leyó una á una, delectando á veces, pues no parecía sino que el olvido y el tiempo hubiesen borrado los caracteres minúsculos, desordenados en las primeras misivas, como si gráficamente tradujeran la desesperación y el dolor; uniformes, armoniosos en las últimas, fiel reflejo de resignada tristeza. Ahí estaba la historia de Nita, en los primeros meses de la separación, desde el amanecer del día que siguió al del abandono, en que don Alejo Méndez, apercibido del sepulcral silencio de los de arriba, la encontrara en un rincón del estudio, tiritando de fiebre, y las niñas se enterasen á medias del drama, y llenas de piedad hacia ella la llevaran consigo á casa. Seguían á las cartas de punzador despecho otras de melancolía serena. La musa, apenas convaleciente, había corrido á buscarle á la redacción, por las calles, por los paseos, como una loca. El amante hallábase muy lejos ya, fuera del alcance de sus labios y de sus manos, en la linda ciudad occidental. Y el dolor de la pobre chica, ante lo imposible del retorno, hubo de vaciarse entonces en misivas tristísimas, en las cuales los ruegos y amenazas se transformaban lentamente en quejas. La última, escrita seis meses después de la ruptura, cuando ya Mauricio había mandado desalojar de muebles el viejo nido y dejó de enviarla dinero—que ella rehusó siempre—, era la despedida ante el pleno convencimiento del desamor, una noble declaración de Nita, en la que afirmaba volvería al trabajo de otros tiempos, al abrigo de la familia del boticario. «Te juro—leía Villaescusa al final—que no seré un obstáculo para tu porve-